



## Homilía

### Nuestra Señora de la Caridad Coronada

Basílica, Sanlúcar de Barrameda, 15 de agosto de 2010

*Querido D. Luis, Rector de este Santuario; D. Juan Celio, Párroco de Nuestra Señora de la O y hermanos Sacerdotes concelebrantes;*

*Il<sup>tm</sup>ª. Sra. Alcaldesa y miembros de la Corporación Municipal; Dignísimas Autoridades civiles y militares; Sr. Presidente y miembros del Consejo de Hermandades y de distintas Representaciones locales; Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestra Señora; hermanos todos en el Señor:*

Un año más nos convoca la **Santísima Virgen de la Caridad** en este día para celebrar junto a Ella la fiesta de su gloriosa Asunción a los cielos. Un año más veneramos esta bendita imagen, verdadero árbol de la Caridad, fuente de alegría y de gozo para toda esta Ciudad y lugares a donde la fe llevó su recuerdo, que a lo largo de los siglos, ha consolado, fortalecido y animado los corazones de sus hijos para poder hacer frente a los avatares de la vida.

¡Contemplando hoy, en torno nuestro, a tantas familias, evocamos emocionadamente a cuantos sanluqueños, en ese extenso período de tiempo han peregrinado a este Santuario para dar gracias a la Virgen por no haberlos dejado solos en alguna travesía... y han llorado de alegría al poder contemplar de nuevo su mirada profunda que invita a la confianza! ¡Cuántos le han confiado sus penas y tristezas y han encontrado en Ella la fuerza para seguir adelante con su matrimonio, para perdonar una ofensa o para afrontar la enfermedad con paciencia cristiana!

Por todo ello, interpretando el sentir de todo el pueblo de Sanlúcar reconocemos que es una bendición de Dios tener como Patrona a esta Santísima Virgen. Es una alegría poder descubrir en el rostro de nuestra Madre de la Caridad la inefable ternura de su maternidad, e intuir en ella las raíces profundas de nuestro existir como persona y como pueblo. Raíces que nos alimentan y nos lanzan a construir un mundo más justo y humano donde reine la caridad a los más necesitados y el amor a la verdad.

Efectivamente, la historia de la devoción a la sagrada imagen, este árbol de la Caridad, cuyos frutos estamos contemplando, no sólo nos habla de raíces y de pasado, sino que también nos invita a prolongar la mirada sobre nuestra historia situándola a la sombra de la Asunción de la Virgen María a los cielos. Nos seduce elevar la mirada y vislumbrar un cielo abierto y un camino de fe y amor recorrido hacia la eternidad. Camino que nos llama a acoger en nuestros brazos a su Hijo, Aquél que nos trae el **“agua que salta hasta la vida eterna”** (cf. Jn 4, 14), invitándonos a beber del **“amor de Dios”** para poder así calmar la sed de eternidad que late siempre en nuestro corazón.

¡Qué gran misterio de amor se nos propone hoy en la contemplación de la Asunción de María! **“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene. Y hemos creído en él”** (1 Jn 4, 16). En esas palabras de San Juan, resumía el Papa -en su primera encíclica-, la esencia de la vida cristiana.

Dejémonos pues, hermanos, cubrir por la sombra de la Caridad de Nuestra Madre que quiere acercarnos a esa **“puerta del cielo”** abierta por su Hijo. Cristo, que **“por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo”** –como confesamos en el Credo- venció la muerte con la omnipotencia de su amor. Sólo el amor lo llevó a morir por nosotros y así vencer la muerte. Sólo el amor podía ser la llave que abriera de nuevo la puerta del Reino de la vida.

Y por el Amor, Ella, la Madre de la Caridad, entró también en el Reino detrás de su Hijo, asociada a su gloria, después de haber sido asociada a su pasión. La nueva Eva siguió al nuevo Adán en el sufrimiento, en la pasión, así como en el gozo definitivo. Cristo es la primicia, pero su carne resucitada es inseparable de la de su Madre María.

Y en Ella, toda la Iglesia y todos nosotros los hombres estamos implicados en la Asunción hacia Dios. Según nos recuerda San Pablo, toda la creación participa de este movimiento, cuyos gemidos y sufrimientos, son como **“los dolores de parto”** de una humanidad nueva.

En la Virgen asunta podemos barruntar el nacimiento de **“los nuevos cielos y la nueva tierra en que habite la justicia”**, en los que ya no habrá ni llanto ni lamento, porque ya no existirá ni el mal ni la muerte (cf. Ap 21, 1-4). Es ésa la gran luz de esperanza que enciende ante nosotros la fiesta que hoy celebramos.

Y es una luz de esperanza porque se proyecta no sólo hacia el cielo, sino a la tierra. **“El Poderoso ha hecho obras grandes en mi. Su Nombre es Santo”** (Lc 1, 46ss), son palabras de María en el Magnificat. La Virgen nos advierte que sólo con Dios es posible un mundo más humano y bondadoso donde todos los seres humanos puedan crecer en dignidad y respeto. Es la Asunción de María la que nos grita que **“Dios es el fundamento de la esperanza”**; pero no cualquier dios, sino, como afirma Benedicto XVI en su Encíclica **“Spe Salvi”**,

«El Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto (nº 31).»

Es el Hijo de María el único que puede dar al hombre esa esperanza que nos permite llenar de sentido nuestra vida mirando la eternidad porque –sigue diciendo el Papa–

«Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto.

Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es **“realmente”** vida.» (Ibid.)

Luego, hoy la Virgen de la Caridad nos recuerda que la vida de todo cristiano –como la de Ella–, es un camino de seguimiento; de seguimiento de Jesús; un camino que tiene una meta bien precisa, un futuro ya trazado: la victoria definitiva sobre el pecado y sobre la muerte, y la comunión plena con Dios, porque, con palabras del Apocalipsis que hoy se ven refrendadas, **“la victoria final es de Nuestro Dios”**. (cf. Ap 7,10s)

Mirando a la Virgen elevada al cielo comprendemos que ese camino de nuestra vida, aunque marcado por pruebas y dificultades, no acaba en la nada, sino que corre como un río hacia el océano divino, hacia la plenitud de la alegría y de la paz. Comprendemos que nuestro morir no es el final, sino el ingreso en la vida que no conoce la muerte. Por lo tanto, nuestra vida aquí es también un camino de esperanza.

En la Asunción de María contemplamos el final de nuestro camino en la tierra, el que estamos llamados a alcanzar obedeciendo la Palabra de Dios y siguiendo las huellas de Cristo, el Señor. Con María sabemos, que con su ayuda e intercesión, podremos proclamar las maravillas de Dios y junto a Ella comunicar al mundo el gozo confiado de que **“nada hay imposible para Dios”**. (cf. Lc 1, 37)

Queridos hermanos: pidamos a la Santísima Virgen de la Caridad que bendiga a nuestras familias, que consuele a nuestros enfermos y que nos ayude a recorrer el camino del amor. Que como Ella aprendamos a ser receptivos a la gracia, a actuar movidos por el amor a Dios y a entregarnos en caridad al servicio de los más necesitados. Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez

**Obispo de Asidonia-Jerez**